

## LA PARTICULARIDAD DEL PROBLEMA ARQUEOLOGICO

Alessandra Melucco Vaccaro

*Servicio Arqueológico, ICR*

Dada la particular relevancia que tiene los monumentos y las áreas arqueológicas en nuestro país, es evidente que la Carta del Riesgo los tendrá en consideración con pleno derecho. Existen, sin embargo, particularidades que exigen una atención especial a la hora de examinar el problema.

La estructura arqueológica está caracterizada, en efecto, respecto al patrimonio monumental histórico de época postclásica, por las siguientes notas:

- es fragmentaria e incompleta
- se ha producido una interrupción en su utilización;
- su reutilización, en general, no es planteable si no es como visita y recorrido cultural.

Constituyen una excepción, generalmente, los edificios dedicados al espectáculo, teatros y anfiteatros, que a menudo son reutilizados con funciones completamente análogas a las originarias.

Un edificio histórico, sin embargo, a diferencia de una ruina arqueológica, puede tener actualmente, o puede adquirir en el futuro, por ejemplo después de una restauración, funciones no sólo culturales, como museo o monumento visitable, sino de edificio civil: puede ser la sede de una administración pública (de una administración municipal, por ejemplo, o del parlamento nacional), de una entidad económica (un banco), de un hospital o de una cárcel, además de una vivienda.

Del uso bastante limitado y específico que se puede hacer del monumento arqueológico, deriva una ubicación de éste fuera del mercado y, por consiguiente, no se le toma en consideración, por regla general, en una serie de actividades cognoscitivas y de estudio, que en el mercado están ligadas directa o

indirectamente, pero que pueden resultar útiles para nuestra investigación. Pongamos algún ejemplo.

El estado de conservación de un casco histórico o de un barrio monumental, al menos en un primer acercamiento, puede ser deducido en nuestro país de los datos recogidos por el Instituto Nacional de las Casas Populares. Es evidente que esta fuente de información no existe para las áreas arqueológicas.

Respecto al efecto de los terremotos, también los datos de la sismología histórica han sido examinados y sometidos a una elaboración estadística sólo a partir del año Mil. A finales de 1989 fue presentado el estudio: "Los terremotos antes del año Mil. Historia, Arqueología y Sismología", a cargo del Instituto Nacional de Geofísica, se trata, sin embargo, de un texto de metodología y de aproximación al problema por el momento no utilizable para fines como nuestra Carta del Riesgo. Los mismos arqueólogos han recogido informaciones sobre terremotos acaecidos a ciencia cierta en la antigüedad, pero lo han hecho con el fin de fijar la cronología de los monumentos o de sus fases y no para verificar el impacto del terremoto sobre las estructuras excavadas por ellos. En otros casos, con restauraciones y anastilosis han borrado las huellas de antiguos seísmos sin que los especialistas pudieran examinarlas adecuadamente. A este propósito debemos esperar que no sea alterada la situación del Templo G. de Selinonte, derrumbado por completo antes de ser terminado (475 a.C. circa) y que constituye, según la opinión de los expertos, un espléndido e insustituible tratado de comportamiento ante el seísmo.

La carta del Riesgo constituye una ocasión importante y un momento de especial relieve para

resaltar tales carencias de información y para poner en marcha estudios cognoscitivos, encaminados específicamente a la protección del patrimonio arqueológico. Para seguir con claridad mi argumentación y para hacer comprender mejor cómo la particularidad de la arqueología se presenta en todas las fases de actuación del proyecto, con su necesidad de un enfoque especial, se expone, de manera extremadamente sintética, el esquema junto con sus pasos principales:

1. redacción de mapas temáticos o mapas de la peligrosidad sobre la base de los datos disponibles;
2. medición por áreas-muestra del estado de conservación de los bienes culturales, mediante catalogación por fichas y monitoreo en el campo;
3. elaboración de umbrales o indicadores de vulnerabilidad de los distintos bienes y utilización de tales datos en los mapas temáticos de la peligrosidad anteriormente elaborados;
4. generación de las cartas del riesgo.

En el curso de los estudios previos y de viabilidad de la Carta ha sido posible apreciar, aunque sea a nivel de hipótesis de trabajo, un hecho digno de relieve: los distintos factores de riesgo actúan, inciden sobre la estructura arqueológica de manera distinta que sobre el resto del patrimonio. En este caso también será útil poner algún ejemplo.

Los factores de riesgo que deberán examinarse, se pueden dividir en tres grupos:

1. estático-estructurales (terremotos, derrumbamientos, fenómenos hidrogeológicos, etc.)
2. atmosféricos (clima, contaminación atmosférica)

3. antrópicos (vandalismo, robos, intervenciones erróneas o no realizadas, presión turística etc.).

Existen razones para considerar que, por la fragmentariedad y el carácter incompleto de las ruinas, los factores sísmicos tienen un efecto muy marginal, sobre todo si la estructura alcanza algunas decenas de centímetros de alto. De otro modo el derrumbamiento se ha producido ya hace siglos, en las zonas sujetas a terremotos frecuentes. Lo mismo parece valer para los desequilibrios estáticos. ¿Cómo juzgar, pues, la regularidad geométrica, la eficacia de los elementos de unión o la resistencia de los muros de una ruina? Mucho más devastadora se presentan los fenómenos de desprendimiento y en general los de desequilibrio hidrogeológico, dada la muy estrecha relación que existe entre el bien arqueológico, el contexto ambiental y el suelo en particular.

No es una casualidad que los estudios sobre el comportamiento respecto al sismo en el campo arqueológico, se hayan limitado hasta ahora, por parte de los especialistas, a la única realidad asimilable a una ciudad, a un centro habitado. Nos referimos a Pompeya.

Análogas consideraciones valen para los factores atmosféricos. El riesgo atmosférico tal como se ha definido convencionalmente a efectos de muestra investigación, en verdad se compone a su vez de dos elementos distintos: las condiciones climatológicas y la contaminación.

Algunos cambios críticos de los parámetros climáticos tiene una relevancia destructiva muy particular en el caso del bien arqueológico. Justamente por la naturaleza de los restos, que han perdido cobertura

y continuidad, solamente las heladas o las lluvias son suficientes para causar daños irreparables si no se han puesto en marcha protecciones arquitectónicas racionales y/o medidas continuas de mantenimiento.

El factor contaminación actúa sobre todo en el contexto urbano y los daños que genera son más sensibles en el caso de los grandes monumentos de piedra (grandes arcos honoríficos, templos, murallas, puertas urbanas etc.).

Finalmente, existen motivos para creer que el tipo tercero de los factores de riesgo, el de origen antrópico, tiene en el caso arqueológico un predominio absoluto. Se espera verificar estas hipótesis, pero incluso en el plano previo y de consideraciones generales se debe subrayar que la existencia misma de la estructura arqueológica es, en muchísimos casos, un acto de voluntad del hombre, que se materializa con la excavación. Ya los primeros comportamientos del arqueólogo, su modo de excavar, el cuidado o la ignorancia de las primeras medidas de socorro al término de la primera campaña de excavación son la base de la supervivencia de la estructura arqueológica.

El exámen de los factores antrópicos en la Carta del Riesgo es una novedad que merece un subrayado especial. Hasta ahora, incluso por parte de los expertos, la máxima atención se ha concentrado en la contaminación. Es inútil, por consiguiente realizar un profundo examen de los fenómenos que serán tenidos en cuenta dentro de esa clase de riesgo.

Es necesario admitir que el aspecto antrópico está presente en cualquier tipo de riesgo, incluso en aquellos que parecen depender enteramente de causas que trascienden la capacidad de intervención del hombre, ya que a menudo no se han propuesto —como se ha mencionado más arriba— medidas de prevención y de mantenimiento esenciales.

Hasta ahora toda investigación en este campo ha sido juzgada como dependiente de hechos relativos al comportamiento y, por lo tanto, había que investigar en el ámbito de las disciplinas sociológicas. Ninguna de las profesiones implicadas normalmente en la salvaguardia de los bienes culturales posee instrumentos metodológicos para indagar el fenómeno del robo o del vandalismo, y tampoco la presión turística o antrópica en general. También por parte de los organismos dotados de medios o profesiones específicas han sido hasta ahora elaboradas clasificaciones

de tipo estadístico (y no utilizable *ut sic* para la Carta del Riesgo), pero no interpretaciones o análisis de los citados fenómenos. Los sujetos implicados en ellos hasta ahora lo han hecho por motivos distintos, o incluso opuestos a los de la tutela y la valorización del patrimonio cultural. En Italia el Comando especial de los Carabineros (Núcleo Tutela Patrimonio Artístico) se propone recuperar los bienes robados, además de castigar a los responsables. El Ente Nazionale dei Turismo (ENIT) recoge datos sobre las visitas turísticas para hacer que se incrementen; el Istituto di Statistica (ISTAT) ofrece datos sobre los fenómenos demográficos sin que éstos se utilicen para la conservación del patrimonio. Falta también una hipótesis sobre las posibles interrelaciones entre los distintos factores antrópicos. En suma, en Italia, y quizá también en otros países, estamos en una fase de primera determinación del problema.

La investigación llevada a cabo en el ámbito de la Carta del Riesgo utilizará, como en los demás factores, datos recabables en los citados entes, pero deberá integrarlos con otras fuentes y con datos recogidos a este fin, o bien ordenarlos según campos de investigación y exponentes distintos. Es necesario recordar por ejemplo, que los robos registrados en el Núcleo Tutela Patrimonio Artístico del Arma dei Carabinieri, se clasifican por los materiales y no por la época o la procedencia (de un museo estatal, local o privado, de un área arqueológica, etc.).

Para comodidad y claridad en la investigación, los factores antrópicos serán examinados en sí mismos, aunque, como se ha mencionado antes, exista una clara conciencia de que éstos originan también otros factores de riesgo (contaminación, factores estático-estructurales). Los elementos y fenómenos que habrá que examinar serán:

- flujo horario diario y anual de las distintas clases de bienes (monumentos, museos, áreas arqueológicas);
- uso de los bienes, cuando en éstos se desarrollen funciones distintas de sus funciones culturales específicas;
- el robo;
- el vandalismo;
- la degradación por falta de uso o por la reducción del control y del mantenimiento;
- el uso / abuso urbanístico-arquitectónico y medioambiental del entorno;

- las intervenciones no realizadas o equivocadas de mantenimiento y restauración.

Los indicadores del riesgo antrópico recabados por las entidades arriba indicadas se deberán poner en relación con las distintas categorías de bienes. Entonces será posible valorar en qué clase de riesgo antrópico se sitúan los bienes arqueológicos, al menos como primera hipótesis.

Para concluir con una última nota sobre los aspectos antrópicos de la conservación, quizás valga la pena subrayar que, por lo que respecta a los agentes, los factores de riesgo de origen humano se pueden dividir en:

a) factores que dependen de acciones de individuos distintos de los que trabajan en las obras, por el uso / abuso por parte de los usuarios a título propio o impropio; b) factores que dependen de la acción de los que trabajan en las obras, en los cuales se incluye la intervención equivocada o no realizada.

En ambos casos es una adecuada política de sensibilización y de información / formación, dirigida a unos o a otros, la que puede dar una contribución, cuanto menos, semejante a la intervención específica de conservación.

De las distinciones con las que han sido subrayadas las particularidades del patrimonio arqueológico respecto al postclásico, se deduce la necesidad de analizar atentamente los datos que a éste se refieren.

De ello resulta que la medición y la investigación de campo adquirirán, en el terreno de la arqueología, una relevancia verdaderamente decisiva para corregir esas valoraciones teóricas preliminares que los mapas de la peligrosidad habrán intentado fijar.

El juicio sobre el estado de conservación de una ruina, tal vez no esté de más repetirlo, no puede basarse en el control del buen estado de la ornamentación, de las coberturas, las escaleras, o la cornisas, es decir, de aquellos elementos que tienen una función protectora en el edificio histórico postclásico no reducido a ruinas. Se basará, sin embargo en la presencia, idoneidad y buen funcionamiento de las cubiertas o protecciones arquitectónicas totales o

parciales tales como cubiertas de la parte superior de los muros, techumbres, sistemas de desagüe para las aguas de lluvia, protecciones temporales para complejos decorativos *in situ* etc; sobre la idoneidad y la eficacia de los sistemas de vigilancia y seguridad y sobre la frecuencia y adecuación de los mantenimientos y de la eliminación de la hierba, etc.

La semiótica de las lesiones, a la que se recurre para juzgar las condiciones estático estructurales de un edificio, será sustituida por el examen del estado de conservación de sus materiales de construcción y de unión. Un nuevo remitirse a la verificación de campo, en su dimensión diagnóstica, para los factores físicos, químicos y biológicos.

Se debe señalar, finalmente, una última nota peculiar del patrimonio arqueológico. Este no está constituido por listas cerradas de bienes, aunque existe un número extraordinariamente elevado. Se trata de un patrimonio en potencia, en continuo crecimiento. Sin embargo, una parte considerable —casi una cuarta parte según las estimaciones de algunos estudios previos llevados a cabo por institutos universitarios— se pierde, se destruye antes de ser conocido, es decir, antes de ser tenido en cuenta por los organismos que tienen en sus manos la tarea de tutelarlos y conservarlos.

Las causas de esta mortalidad prenatal se encuentran en la industrialización de la agricultura, en las transformaciones incontroladas y no autorizadas del territorio y en las actividades de excavación clandestina que están devastando nuestro país.

Sin embargo, a pesar del interés que todo ello presenta objetivamente, conseguir dar un cuadro de lo que se pierde, trazar una carta del riesgo arqueológico en su forma más radical es una tarea que, por su complejidad, habrá que dejar para una fase sucesiva de extensión y de precisión de la Carta del Riesgo. Por el momento, las tareas a las que debemos hacer frente en esta primera puesta en marcha del proyecto son muy comprometidas y muy nuevas. Adecuarnos a ellas será ya una meta nada fácil de alcanzar.